LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

Editada por Doña Guadalupe Gutiérrez de Joseph

DIRECTOR	ADMINISTRADOR	TESORERO
D. FRANCISCO ROVIRA	D. LUIS GARCÍA LORENZANA	D. MÁXIMO MAESTRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA: Un semestre.................. 3 ptas. Un año........................ 6 »

EN MÉXICO: Un trimestre............ $ 0,75 Un semestre............ » 1,50 Un año.................. » 3,00

Para los demás países, el precio será de un dollar cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

= NÚMERO SUELTO, 60 CTS. =

Año II. • **Número 3** **Mes de marzo de 1929**

SUMARIO

SECCIÓN INTERNACIONAL

Poemas de J. Krishnamurti:
El Deseo es Vida. . . . . . . J. KRISHNAMURTI.
Un Vislumbre de la Vida. . . J. KRISHNAMURTI.
El Maestro sin discípulos . . MME. J. DE MANCIARLY.
El Elixir de la Vida. . . . . . . J. KRISHNAMURTI.

SECCIÓN DE REVISTA

Una conversación con J. Krishnamurti para la prensa sudamericana.
¿Es el amor de las criaturas humanas? . . . . M. LACERDA DE MOURA.
Instinto e intuición . . . . ANGELO GUIDO.
¡Dadnos hombres!. . . . . MARÍA G. DUANY.
Bibliografía.
Sección de la Editora . . . . . G. G. DE J.

OTRA.—Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia a la Editora de esta Revista, Sierpes, 78, SEVILLA
Todo envío de dinero al Tesorero, Cava Alta, 11 bajo, MADRID

17

SECCIÓN INTERNACIONAL

Hay vida y muerte en mi jardín, risa de muchas flores y llanto de los pétalos que caen.

Un árbol muerto y un árbol verde se miran. Es verano y danzan las sombras, excepto en derredor del árbol muerto.

El canto de las aguas no le hará despertar, ni la lluvia hará brotar las escondidas hojas.

¡Que desnudo está, que vacío!

¿Quién lo nutrirá, quién lo acariciará con la vida?

Los cielos lejanos contemplan a los muertos y a los vivos.

Durante el penoso y largo invierno yace oculta una semilla de grata promesa. Los vientos fríos, los duros temporales y las ruidosas tempestades retrasan el encanto de la semilla. Los días obscuros y las horas sin sol niegan la gloria de la semilla.

Con la suave brisa del cálido sur despierta a la vida la semilla oculta.

El canto de las aves en el cielo azul llama a la vida a la inmóvil semilla.

La fragancia de las cálidas lluvias despierta en la semilla recónditas reminiscencias de vida.

A través de la pesada carga de tierra, brota la vida gozosa.

Creció a la orilla del polvoriento camino, entre las ociosas piedras.

Con su única flor, danzaba el día entero.

Un muchacho, de camino para su casa, la arrancó y la tiró al suelo.

La Creación yace en la senda del amor descuidado.

J. KRISHNAMURTI

El Deseo es Vida

El deseo es Vida, la plenitud de la Vida es la perfección del Deseo.

* * *

El deseo, como la esencia de una flor, se desvanece con la muerte de la flor.

* * *

El Deseo no tiene existencia por sí mismo. Nace en el regocijo de la Vida.

* * *

Como se precipitan sobre el valle obscuro las aguas rugidoras, ocultándose impetuosas y terribles. Tal es el Deseo.

* * *

Y así como busca el colérico torrente su libertad, así la busca el deseo.

* * *

¡Ay de quien es arrollado por los deseos!

* * *

En los valles obscuros hay campiñas rientes y las flores en multitud vierten su aromado aliento. El temor al deseo es la supresión de la Vida.

J. KRISHNAMURTI

UN VISLUMBRE DE LA VIDA

POR J. KRISHNAMURTI

Un día contemplaba a lo lejos desde mi ventana la verde, risueña y soleada campiña. Quisiera hablar de este escenario, quisiera describir esta visión.

La mayoría de las gentes están constantemente interesadas en lo que les rodea, cuya sombra les oprime, y por eso cuando un hombre viene de los verdes campos y les canta la canción de los amplios cielos no le escuchan.

Sus cargas y complicaciones son para ellos mucho más importantes que la vida que palpita en los verdes campos. Se interesan solamente en las expresiones de la vida, y sin embargo, más allá de toda expresión está la Vida eterna y en ella está la unidad.

Quiero mostrar el camino de la libertad a los que están en esclavitud, porque solamente en la libertad hay felicidad, y la dicha es lo que todos desean. He visto a los que están en las garras de la religión, en las garras de la riqueza, en la jaula de los deseos y en las sombras de las creencias y no son felices. Muestran en sus caras ansiedad; la riqueza de sus mentes y de sus corazones no ha encontrado su realización. Quiero abrirles las puertas y mostrarles el camino de la felicidad.

He observado a los hombres que se encuentran en todas las condiciones de la vida y he encontrado que todos están esclavizados por sus circunstancias, por sus creencias; están apegados a las religiones, a las riquezas, a los temores, creyendo que todas estas cosas son necesarias para la realización de la vida. Los he observado en medio de sus trabajos; y no encontré contento en sus corazones ni grandeza en sus mentes. Me dije a mí mismo: Estos son los caminos que crean complejidades; ha de haber uno más sencillo, un camino directo. Habiendo sido yo educado con ciertas ideas, las deseché porque no estaba contento con lo que me habían dado. Busqué más allá de todas ellas y encontré mi meta. He encontrado la felicidad porque he dudado, porque he estado en rebelión y descontento, sin aceptar nunca la autoridad de otro, y porque he creado en la soledad y en el descontento.

Desde que hallé la felicidad y soy yo mismo esa felicidad; desde que he descubierto la Verdad y yo soy esa Verdad, he querido mostraros el camino. El sendero de la felicidad está en vuestro propio corazón y en vuestra propia mente, y en purificarlos consiste la realización; no en depender de externa ayuda para sosteneros; no en confiar en la religión, en los mandatos, leyes de conducta, de rectitud y moralidad, sino desarrollando vuestra propia fuerza es como percibiréis la Verdad, y por vuestro propio e innato deseo obtendréis la libertad. Para comprender la vida deberéis purificar vuestra mente y vuestro corazón estableciendo la armonía dentro de vosotros mismos. Durante mucho tiempo habéis dependido de las autoridades, de las creencias, habéis luchado, y sin embargo, no sois felices. Habéis tenido vuestras religiones, ceremonias, libros, y complicadas maneras de ver la vida, y estas cosas no os han traído la felicidad. Y ahora os digo: «ensayad el ir por mi camino».

A fin de alcanzar la felicidad debéis desechar lo que no es esencial y buscar en la vida de la naturaleza vuestra guía. Solamente por esta visión de la vida podréis crecer, ser sustentados y nutridos. Si os alimentáis con lo que no es esencial tendréis cansancio en el corazón y corrupción en la mente. Debéis adorar lo incorruptible, amar lo que no puede estancarse.

Crecéis por vuestra propia comprensión y obtenéis por vuestros propios esfuerzos y deseos. Triunfaréis manteniendo el deseo constantemente encendido en medio de las sombras y obscuridad de los valles. Así es como yo he logrado llegar a la cumbre de la montaña. Todos los templos me han retenido, todas las imágenes lograron despertar el éxtasis en mi corazón, todas las filosofías

han deleitado mi mente y he sido aprisionado por todo esto. Y al desecharlo todo, buscando lo que hay más allá de la filosofía, más allá de las obscuras imágenes labradas y del aparato de la religión, he triunfado; y porque ya no me albergo en ello, soy libre. En mí está la Verdad que nunca puede ser condicionada ni limitada.

¿Qué hay de temible en esto? ¿Qué hay en ello que pueda equivocar? ¿Qué puede causar ansiedad? No sois felices con vuestros sistemas, filosofías, ceremonias, credos, religiones y dioses; y teméis aún desprenderos de ellos. Todos deseáis ser felices y os espanta todavía el desechar vuestros pequeños contentamientos.

Si vuestras creencias pueden romperse, no vale la pena de conservarlas. Si vuestros sistemas son tan frágiles que no pueden resistir el embate de la duda y del dolor, merecen perecer. Si vuestro culto y adoración no despiertan el perfume de la felicidad en vuestra mente y corazón, son de muy escaso valor. Mirad en vuestro interior para saber si estáis libres por completo, si os habéis libertado de vuestros amores, adoraciones, teorías, creencias; ved si existe en vosotros el éxtasis del designio y el poder para crear en lo eterno. Si no tenéis el interno anhelo de obtener esa liberación, vosotros y vuestras palabras sois como sombras pasajeras.

Y no os digo esto con severidad; sino porque sois desgraciados, porque estáis luchando llevando el descontento en el corazón y la mente, y quiero mostraros el camino hacia la felicidad. Pero no podré enseñaros el sendero o haceros comprender si necesitáis que la verdad se os presente estrecha y condicionada, si la miráis con vuestra limitada visión.

No hay soledad para el hombre que comprende. No hay aislamiento para quien busca la Verdad. Todas las cosas son sus compañeras y sus amigas. Teméis todos la soledad y en ella vivís, y por temerla no tenéis comprensión.

Sed responsables ante vosotros mismos de todos vuestros actos. No busquéis la protección de la externa autoridad. Para lograr, estad firmes en vuestros propios pies. Para vivir la vida, estad más allá de toda experiencia. Para estar profundamente enamorados, llenad vuestro corazón de afecto para todas las cosas.

EL MAESTRO SIN DISCIPULOS

POR MME. J. DE MANZIARLY

Todos nosotros hemos heredado ciertas imágenes pictóricas que nos han llegado a ser muy queridas. No podemos pensar sin emoción en el Buen Pastor llevando en sus brazos el corderillo, o bien en el Buddha rodeado de sus Arhats. Estas imágenes representan, con verdad, aquellos grandes Maestros del Mundo y bien hacemos en amarlos; pero no debemos permitir que eclipsen otra figura que aparece ahora en los horizontes, bien conmovedora en su grandiosa sencillez. La de un maestro que está de pie, solo, sin discípulos, que nada lleva en sus brazos y a quien ninguno acompaña.

Esta figura es nueva; nos sorprende y desconcierta porque nos parece que un Maestro debe tener siempre un complemento, el discípulo. Parece que hay algo incomprensible e incompleto en la idea de un Maestro que está solo.

Tal como el Maestro es el discípulo que él saca. No hay ahora repetición de las cosas que ya hemos visto y escuchado. Trágico fuera en verdad que aquellas colosales figuras del pasado ocultaran a nuestros ojos esta nueva que ahora está manifestándose.

Cuando meditamos profundamente en la significación del Maestro sin discípulos, empezamos a comprender que si el Maestro está ahora solo, es porque siempre lo ha estado. Un Maestro que no tiene discípulos es porque nunca ha sido él mismo un discípulo. Pero bien puede decirse: «Si es de Krishnamurti de quien habláis, ha tenido muchos maestros.» A lo que contestaremos: «ha sido un alumno, nunca un discípulo».

Esto no es un simple juego de palabras. Ser un alumno significa tener el deseo de aprender; y hasta es posible ser alumno de alguien con quien no estemos en simpatía. Si deseamos aprender cierta técnica o sacar el beneficio de determinadas experiencias, iremos a la persona que tenga dichas experiencias o que haya dominado esa técnica. Eso no implica que os hayáis identificado ni con la experiencia ni con la técnica.

Krishnamurti, de quien os hablo, ha aprendido ciertamente muchas cosas; probablemente aprenderá más. Pero eso no implica discipulados. Todos podemos distinguir la diferencia fundamental entre alumno y discípulo. Ha sido alumno de muchos, discípulo solamente de la Verdad. Durante toda su vida ha buscado la Verdad apasionadamente, y la ha encontrado y es él mismo su incorporación.

* * *

Mirando atentamente descubrimos otra figura solitaria: la del discípulo sin Maestro. Este discípulo debe, a su vez, aprender a ser discípulo de la Verdad y a él se le niega el goce de llegar a arrojarse a los pies de su Maestro diciéndole: «Aquí estoy, aceptadme como discípulo».

Así el encontrar al Maestro y ser adoptado por él está de acuerdo con nuestras viejas tradiciones, pero es incompatible con el Maestro que dice: «Sed solamente discípulos de la Verdad para que, a vuestra vez, podáis convertiros en Maestros sin discípulos».

Para comprender esta nueva enseñanza, debemos primeramente crear una revolución en nuestros viejos conceptos. Hemos de elevarnos a las alturas de nuestro ser y hundirnos luego en sus profundidades antes de poder realizar que esta experiencia bien puede significar la liberación de la humanidad de las cadenas de la personalidad y de la tiranía de la autoridad personal («personalidad» se usa aquí en el sentido de ser una unidad capaz de atraer otras unidades o grupos, dividiendo así el mundo en otras tantas fracciones). El decirnos a cada uno de nosotros: «A tu vez has de convertirte en un Maestro, pero no aceptes discípulos, ni impongas autoridad, ni establezcas sentimiento de separatividad»; quita la posibili-

dad de transformar su enseñanza en una nueva religión, lo que para él significaría una traición a la Verdad que él trae. Todos los Grandes Maestros han aportado una nueva Verdad y nunca una religión nueva. Pero después de su muerte la vida a la que ellos han dado importancia, se obscurece; las formas que la han contenido se han hecho más y más rígidas, y los seguidores y discípulos de aquellos Maestros formaron una nueva religión. Krishnamurti no quiere fundar una religión nueva, y lo evita diciendo: «No tengo discípulos», porque los discípulos son precisos para la formación de una religión nueva.

Para quienes comprenden, este asunto no es de importancia primaria. Lo que es capital es que nos esforcemos en compartir sus experiencias, en descubrir por nosotros mismos el Reino de la Felicidad, ese Reino espiritual que forma la unidad. Estamos presenciando el establecimiento del reinado del espíritu en el Reino de la Verdad, que es el Reino de la Felicidad, porque ambos son uno. Y ese Reino es alcanzado por el camino directo que es el único camino; por la unión sencilla, que es la mejor. En ese camino no hay necesidad de guía ni de mediador, porque se extiende ante nosotros claramente. En el laberinto de nuestras complejidades, las que nosotros mismos hemos hecho, necesitamos un Maestro, un guía, un Gurú; y cuando al fin nos encontramos perdidos en ese laberinto, demandamos ayuda. Pero en el sendero directo que se extiende en línea recta desde la individualidad hasta la meta, esa meta que es infinita y en la que están contenidos el principio y el fin, no hay necesidad de guía alguno. La unión sencilla, que es la unión con el espíritu que en sí mismo es unidad, no exige ritos, ni ceremonias, sino que se realiza por el cumplimiento de la vida.

Krishnamurti habla de la senda directa, de la unión sencilla. No dice: «Venid a *mí*, uníos *conmigo*» porque eso requeriría una más larga senda, primero para ir a él y luego para ir a la Verdad. Y así nos dice: «Marchad directamente hacia vuestra meta, y no vayáis a través de mí, porque yo no soy vuestra puerta». Por ende es natural y lógico que él no desee discípulos.

Y con este gesto que hace todas las cosas a un lado, las religiones, credos, ritos, ceremonias, mediadores, Gurús, guías, nos revela una verdad sublime, por ser tan profundamente humana. Él da al individuo libertado su debido sitio. Le dice: «Por el momento no os preocupéis de ángeles, hadas, lo sobrenatural, lo místico o lo oculto; concentrad vuestra atención en lo humano». Con lo humano, no en el estrecho sentido de la palabra, sino humano en el sentido de la divina humanidad, la que no ha menester de otra deidad que el Dios que en ella está manifestado. Toma el conjunto de la humanidad y lo lleva consigo hasta la cumbre espiritual. Todo aquello que está colocado entre la humanidad y su propia divinidad disminuye el valor de esa humanidad. Pero cuando Krishnamurti habla de «humanidad», no se refiere a la humanidad en masa, sino al ser humano individual quien puede realizar la divinidad si lo desea. Al decir que el problema del mundo es el problema individual enuncia una filosofía completa. Podemos ponerlo en otra forma y decir, que al solucionar nuestro propio problema individual ayudamos a solucionar el problema del mundo, y de la misma manera, que al crear nuestro problema individual estamos ayudando a crear nuevos problemas al mundo.

Krishnamurti nos dice: «Habláis de miseria, de sufrimiento, de los problemas de la pobreza, de la industria y de otros semejantes, como si estos fueran plagas que han descendido sobre el mundo. Pero estas condiciones han sido creadas por vosotros y solamente serán remediadas haciendo un reajuste de la vida individual».

Hay que observar aquí la importancia que él da a la unidad de la vida. En su insistencia sobre el factor individual no hay egoísmo, porque habla siempre del corazón puro, del individuo perfeccionado. El problema individual que es el problema del mundo, no puede referirse a nuestras pequeñas penas sobre cosas insignificantes y superficiales. Las cuestiones sobre lo que hemos de comer o vestir no llegan a ser problemas. Habla de esos problemas que existen en nosotros mismos, en los dominios del espíritu, en el campo de las ideas, en donde la separación entre los individuos ha dejado de existir.

¡Y con qué gran amor habla! Los que no comprenden sienten que él no tiene consideración del débil, que les quiere arrebatar sus muletas a los cojos, que nos impide que ayudemos a nuestros prójimos. Le preguntan: «¿Qué sucederá con los débiles?» y no esperan que él conteste: «Se harán fuertes».

Una de las más bellas emociones del mundo es el amor maternal. Pero hay madres sabias y madres necias. Hay madres como las gallinas o los monos, que siempre tienen que llevar consigo sus

hijos y que están siempre molestando a causa de ellos; madres que dicen con orgullo: «Mi hiio llora siempre cuando lo dejo». Éstas desarrollan la debilidad de sus hijos, haciendo de ellos un complemento de la madre. Este es el pecado de los pecados.

La madre sabia dice: «Mi hijo es débil, pero porque lo es, yo debo hacer cuanto sea posible para fortalecerlo». Ese es el amor verdadero, el que no aumenta la debilidad, sino que, por el contrario, dice: «Desarrollad vuestra fuerza para que seais capaces de estar solos».

Krishnamurti quiere dar fuerza a los débiles; quiere destruir todas las formas de tutela que mantienen esclavizada a la humanidad; quiere romper todas las cadenas que se han impuesto sobre el espíritu humano, todas las ataduras que impiden el completo y libre desarrollo del individuo.

* * *

La gran sencillez de la enseñanza de Krishnamurti puede desviar a las gentes en cuanto a su completa significación. Las interpretaciones triviales y superficiales ya le persiguen; las palabras que él usa son repetidas sin una comprensión verdadera de su propósito. Ya dicen algunos: «Lo que él dice es bien sencillo y tan fácil de entender, y es que cada uno debe preocuparse consigo mismo, y no hay más problemas.

Pero quienes con tan superficiales interpretaciones hacen de su enseñanza una excusa para permanecer en sus estrechas y horribles jaulas, yerran grandemente y traicionan al Maestro. Nosotros, con nuestras pequeñas y triviales preocupaciones, somos como las hormigas que van sobre la tierra con respecto al que va en aeroplano. Krishnamurti nos invita a dejar la tierra y nuestros pequeños intereses, para que aprendamos a volar en los anchos cielos. Probablemente sólo le comprenderemos cuando seamos capaces de hacer esto, porque no podremos arrastrarle a él desde las alturas en donde está para que ajuste sus pasos con los nuestros por los polvorientos caminos.

Él es grande, y ante nuestra carencia de comprensión nos sentimos tentados a decir: trágicamente grande. ¡Cómo anhela levantarnos desde nuestras pequeñas personalidades hasta la gloria de nuestro ser verdadero, a nuestra espiritualidad real!

* * *

Ha colocado ante nosotros su experiencia del sendero directo y de la unión sencilla; nos ha dicho que nada más es necesario. Para nosotros la cuestión es: ¿vamos o no a lanzarnos a la aventura? Ello significa un nuevo sendero y una vida nueva. ¿Tendremos el valor de dejar nuestras costumbres, amigos, dignidades, ritos, ceremonias y religiones, atrás en el valle y ponernós a escalar por las soledades de la montaña?

Para esta empresa precisan ciertas cualidades. Quien anhele aventurarse debe, primeramente, sentir dentro de sí ardiendo la llama del entusiasmo al rojo blanco, esa llama que hace que se arrostren todos los peligros con tal de lograr el fin. Luego, debe estar equipado con el nuevo sentimiento de la vida, en el vivido presente.

¿Nos hemos dado plena cuenta de lo que significa el «vivido presente»? Se trata del presente que habiendo absorbido el pasado, ha adivinado el futuro. Krishnamurti nos dice: «Sois los amos del presente en la medida en que el momento presente contenga en sí todos los tiempos».

Hemos de olvidarnos del pasado en la misma medida en que nuestra sangre se ha olvidado del alimento que ha asimilado. La sangre es el producto del alimento, de la misma manera que lo son los músculos y los huesos. Tal es la absorción del pasado por el presente. ¿Y cuál es el futuro? No se trata del futuro de quienes sueñan con la gloria que han de lograr al cabo de diez mil años, sino del futuro de los que saben que este mismo futuro está contenido en el presente y condicionado por éste. Debiera sernos fácil el comprender este concepto, porque Krishnamurti representa para nosotros el futuro, aunque le tengamos con nosotros en el presente. Esta idea del futuro con el presente, de la meta contenida en la fuente, que parece tan abstracta y tan metafísica, está con nosotros a diario. Pero hemos de recordar que, aunque nos parezca la incorporación del futuro, es, no obstante, el vivido presente, en tanto que nosotros estamos aún perteneciendo al pasado. Vivimos de tal manera en el pasado que el presente se nos presenta como el futuro, y en ello hay algo terrible. Se oponen al presente, que es la vida, la muerte y el pasado. Cuando Krishnamurti nos habla de «La Congregación de los muertos», está hablando de nosotros. Y no podemos negarlo. Solamente la reacción que la vida ejerza en nosotros será quien pueda dar la respuesta y nos probará si realmente estamos viviendo.

Durante la gran guerra, antes de un terrible ataque, el oficial que mandaba dió esta hermosa orden: «¡De pie los muertos!» Hoy escuchamos el mismo llamamiento: «¡De pie los muertos!». Antes de que podamos levantarnos, deberemos darnos cuenta de que, en realidad estamos muertos. Sería mucho más terrible imaginar que estamos viviendo, cuando, en realidad, estamos muertos.

Además del sentimiento de la vida y del vivido presente, hemos de adquirir otras cualidades; una de ellas, independencia. Krishnamurti ha definido su idea de cultura verdadera y de civilización, pidiéndonos que nos apliquemos estas palabras de manera estricta. Luego ha descrito el hombre civilizado como aquel que nada pide de los demás, el que es por sí mismo una lámpara, que está más allá del temor y de la duda; reconocemos en esto un retrato de él mismo. Él es el hombre culto, el hombre civilizado *por excelencia*.

Y quienes le rodean deben ser también cultos, en el más sencillo significado de la palabra, así como en sus más profundos aspectos. No debemos ignorar lo que está ocurriendo en el mundo, las grandes ideas, las grandes producciones artísticas de nuestros días. Debemos adquirir los conocimientos necesarios y estar al corriente de lo que sucede actualmente, tanto en nuestro país como en los demás, y darnos cuenta de las expresiones de la vida y actividad humanas. Muchos de nosotros estamos muertos a este respecto; solamente nos interesamos en las tradiciones clásicas del pasado y no nos cuidamos del mundo moderno en el cual vivimos. Indudablemente los clásicos son grandes, pero tan sólo pudieron expresar el pensamiento de su propio tiempo. Y puesto que vivimos hoy, hemos de comprender las expresiones de hoy, aunque no nos agraden. No tenemos derecho de permanecer en «la congregación de los muertos». En ningún campo, ni en el del pensamiento ni en el del arte. El arte y el pensamiento son las expresiones psicológicas de un tiempo dado. El lenguaje de los clásicos es sublime, pero en muchas maneras resulta inadecuado a la vida moderna, mas esto no quiere decir que dejemos de amarlo o de admirarlo. La vida está ahora con nosotros, de la misma manera que siempre ha estado; pero ¿por qué habríamos de despreciar su moderna forma de expresión? ¿Por qué hemos de escapar del presente y lamentarnos del pasado? Esto significaría el amputarnos del presente, que es lo único que nos hace dueños del tiempo y de la perfección.

* * *

Hay una quemante pregunta en las mentes de muchos de nosotros. ¿Hemos o no comprendido las enseñanzas de Krishnamurti? Tal vez esto no sea de tan grande importancia, y hay peligro de que el temor de no comprenderlo produzca paralización en nuestras mentes. Si cada vez que formulamos un pensamiento o pronunciamos una palabra nos preguntamos si tenemos el derecho de hablar no estando muy seguros de haber comprendido, esto nos traerá dicha paralización. Así es que tampoco hemos de permitir que este temor nos sobrecoja. Es mucho más importante estar llenos del dinámico poder de la vida. La comprensión es una palabra que nos cambia de día en día. Lo que yo comprendo hoy no lo comprendí ayer; y lo que hoy no comprendo, lo comprenderé mañana. Si esperamos a llegar a la comprensión completa estaremos siempre en silencio. Todos cometemos equivocaciones, todos tenemos nuestras limitaciones, pero también hacemos algunos progresos y ganamos terreno. Así es que la comprensión del momento no resulta de tan grande importancia desde luego. Si estamos vivos ganaremos comprensión. Por consiguiente, la cuestión vital es: ¿vivimos?, ¿sentimos? No hablo yo de las emociones pasajeras, hablo de la vida. ¿Estamos llenos de este poder, de esta fuerza dinámica que es la única que interesa? La fuerza vital es una y la misma para todos; la compartimos con Krishnamurti. En esa unidad de la que él habla, su poder dinámico se pasa a nosotros de la misma manera que una dínamo descarga su electricidad sobre muchos instrumentos.

Debemos de poseer esta vida si queremos salir hasta el mundo, como en realidad debemos salir. Entonces deberemos obrar, no solamente con la fuerza de nuestra comprensión, sino más con el poder dinámico de la vida con que estamos cargados.

* * *

Los días del Campamento nos han enseñado que muy a menudo perdemos de vista lo esencial. Nuestras preguntas, muy a menudo vanas, marcan los grados de nuestra comprensión. Durante dos días hemos escuchado las contestaciones a nuestras necias preguntas. Esas preguntas son, en realidad, el espejo en el cual nos hemos

reflejado. Se nos ha dado la oportunidad de juzgarnos a nosotros mismos, porque esas preguntas de nosotros salieron y nos han traicionado. Hemos dudado, no con la duda interna que purifica, sino con la duda superficial que nos sugiere la curiosidad. Hemos preguntado: «¿Quién eres tú que nos hablas?» Hemos querido hacer la disección de Krishnamurti para descubrir en qué parte de su ser reside el misterio. Hemos dudado de su amor, diciéndole: «No tienes compasión, no tienes amor y nuestros sufrimientos no te conmueven». Y toda su respuesta fué: «Id al mundo».

Desesperaríamos, si no fuera por esa unidad que él representa. El es el Maestro sin discípulos, pero donde él mora todos somos uno. En aquel Reino no hay hombres ni mujeres, ni Maestros ni discípulos, ni padres ni hijos, porque es el reino del espíritu donde no existe la dualidad.

Pero aun de esta unidad se duda y la duda se expresa: «¿Por qué se habla de unidad cuando toda manifestación es dual, cuando la dualidad se ve en todas partes en el mundo de las formas?» Y ya que vivimos en un mundo de dualidad y de formas, ¿no tenemos derecho de hablar de la unidad y de ir más allá de las formas y de conquistarlas? La grandeza del hombre consiste en esto: que siendo espíritu puede mirar las formas como parte inherente de su unidad, puede elevarse hasta esa altura en la cual todas las formas desaparecen. Porque para el que ha experimentado esa unidad, y sabe que el espíritu es uno, esto no es asunto de metafísica, sino una realidad que él vive y manifiesta. Al hombre que nos habla de tal experiencia, le decimos: «Eso no es cierto, es imposible, no puede ser».

* * *

Todos sabemos la parábola de las bodas a las cuales estaban invitados todos los amigos del Señor. Pero aquellos amigos estaban demasiado ocupados en sus quehaceres del matrimonio, del trabajo, de la justicia y de ganar dinero, y así todos rehusaron la invitación. Entonces el Señor envió sus criados a los caminos invitando a los pobres y a los pasajeros ociosos. Una semejante fiesta del espíritu está ahora teniendo lugar; se nos ha mandado la invitación a nosotros que la hemos estado esperando hace 17 años. Pero el tiempo de la espera ha sido largo, y entretanto hemos emprendido toda clase de trabajos útiles y tal vez ahora estemos demasiado ocupados para dejar nuestras ocupaciones. En tal caso se invitará a otros que estén menos ocupados y más libres porque tienen menos posesiones. Nos dirán: «Nada hay en el mundo más importante que esta invitación». Y, ¡sabios serán si tal dicen!

* * *

¿Qué pasará con nosotros?

Hemos aprendido muchas cosas y con nosotros las traemos. A pesar de nuestra necedad, de nuestra carencia de comprensión, de nuestras dudas, nuestras almas pueden ser mayores de lo que creemos y nuestra comprensión más plena de lo que imaginamos; y la vida que está en nosotros es capaz de responder al llamamiento de la Vida. Un amor profundo puede elevarse de las profundidades de nuestro ser e ir hasta el Maestro sin discípulos, el que lo es todo, porque es la VIDA.

Un día nosotros también nos convertiremos en Maestros, porque nosotros somos también la VIDA.

El Elixir de la Vida

La verdad más sencilla sólo puede obtenerse por una grande experiencia, solamente puede venirnos a través del éxtasis del amor, a través de inmensa devoción; la encontraréis en el único refugio en donde podáis encontrar cobijo para los días de lluvia y los de ardiente sol, para las luchas, sufrimientos y dolores. Y una vez encontrada no hay lugar a duda ni a vacilación, porque entonces vos mismo sois el Maestro, el ideal de miles de hombres; ayudaréis a muchos y os convertiréis en el poste de señales para los que van a tientas, para los que no ven, para los que aun se debaten en la sombra. Y una vez que podemos caminar juntos por el camino de la paz eterna, la que conduce al Reino de la Felicidad, entonces termina la separación, la soledad, la duda de la adquisición, de esa adquisición que es perfección, que es iluminación; porque entonces sois la encarnación de las cosas que todos buscáis. Y al caminar por esa senda y gozar en ese eterno jardín, podéis albergaros a la sombra, lejos del sol, y todos somos amigos, todos somos compañeros eternos; todos crearemos a imagen de Aquél que es el Santo de los Santos. Y una vez que hayáis bebido de ese néctar, de ese elixir de la vida, os conservaréis eternamente jóvenes, aunque hayáis pasado por muchas experiencias, aunque hayáis vertido muchas lágrimas, aunque hayáis grandemente sufrido; dentro de vosotros estará borbotante el pozo que os mantendrá eternamente jóvenes y gozosos, como la estrella que centellea en una noche obscura; porque lo sabéis todo, y el yo, que es el destructor de la Verdad, el pervertidor de la Verdad, estará aniquilado.

J. Krishnamurti

Una conversación con J. Krishnamurti para la Prensa sudamericana

Una habitación parcamente amueblada, escrupulosamente limpia y fragante; cerca del río que corre tranquilamente; más allá del río y el jardín, en la lejanía, la ciudad atareada. Un joven, viril, delgado, cuya cabeza revela poder y grande belleza, y su continente es amistoso, completamente natural, sin la menor afectación, pensativo y lleno de consideración. Tales son las primeras impresiones que nos causó Krishnamurti, quien es llamado el Instructor del Mundo. Sea lo que fuere lo que se piense de este título o de su enseñanza, lo que es indudable es que estamos en presencia de un ser prominente entre los grandes hombres de la humanidad. ¿Cómo se manifiesta esto? Por la sensación de un tremendo poder y pureza, una blanca flama de sinceridad, de verdad, de compasión y todo esto en un perfecto equilibrio y en un bien comprobado dominio de sí propio.

No admite él seguidores, ni pide aceptación irresponsable de sus enseñanzas, así como no acepta el ser atado por sociedad u organización alguna.

«No me sigáis a mí, seguid a la verdad. No quiero que me adoréis; no quiero que creáis en las cosas que os digo tan sólo porque yo las digo; no quiero que conmigo os construyáis un santuario para cobijaros; no quiero que me utilicéis como una muleta, porque lo que miráis de mí, esta personalidad, este cuerpo, es lo más irreal, decadente y perecedero. Si adoráis, tan sólo adoraréis una etiqueta, la Verdad nunca se acercará a vuestro corazón, ni siquiera la comprensión de lo que significa esta etiqueta. La esencia que da la Verdad es lo que importa, no la substancia de la flor... Lo que yo digo es para el mundo en general, y no para una nación, clase u organización... Usad de vuestra razón, examinad todas las cosas críticamente, con una mente clara, sin prejuicios ni hipocresías. Vuestra meta debiera ser la comprensión, no la ciega creencia».

Tal habla el Sr. Krishnamurti. Hace notar con énfasis que no desea que se le siga. *«No quiero seguidores ni discípulos. Quiero hombres que sigan a la Verdad que está en ellos mismos, y no que me sigan a mí. Seguid la Verdad y seréis como una lámpara, no arrojaréis sombra sobre el camino de otro».*

Discutimos los problemas del Africa del Sur en los cuales el que entrevistaba al Sr. Krishnamurti estaba, como sud-africano, profundamente interesado. Completo conocimiento de dichos problemas manifestó el Sr. Krishnamurti, pero como lo demuestran las preguntas y respuestas siguientes, trató estos problemas desde sus aspectos básicos vitales y no desde el punto de vista de los pasajeros y temporales.

—¿Cuál es la mejor forma en que pudieran unirse los dos principales elementos europeos en el Africa del Sur?

—Deseáis la forma más práctica, ¿no es así? Muy bien. Esta puede ser establecida cuando hayáis encontrado la manera fundamental reconociendo la vida como una. Si tomáis eso como la base de la unión, todo se simplifica.

—¿En qué forma, señor, pensáis que pueden mejor los europeos ayudar a las poblaciones de color y mestizas?

—Lo que antes dije se aplica a esta cuestión también. Creéis que el pensamiento es nacional o racial y os dejáis atar por la nacionalidad, raza, credo o color que un hombre tenga. Para mí lo importante es la vida, y la Vida es ilimitada. Si vuestra mente está quieta y tranquila, y en vuestros corazones hay comprensión, estos problemas cesan de existir.

—¿Pudiera usted darnos una idea de cómo elevar a estas gentes hasta sus plenos derechos de ciudadanía?

—¿Cómo podemos elevar la comprensión de alguno? Educándolo; pero no podéis enseñar a

otros a ser grandes a menos que vosotros mismos lo seáis. Debéis haber establecido esa meta por vosotros mismos, y esa meta es Liberación. Cada uno de nosotros tiene, en sí propio, tres seres en uno. La mente, las emociones y el cuerpo. La felicidad puede solamente ser obtenida cuando se establece la armonía entre ellos.

Purificamos el cuerpo por el aseo, el refinamiento, la belleza, la sencillez y las acciones rectas, porque en el buen comportamiento está la rectitud.

Purificamos las emociones por medio de un grande e impersonal amor y afecto, amor inmenso, pero sin apego. Cuando hayáis destruído la ambición, la pasión, el deseo de retener las cosas como vuestras, cuando podáis dar de vuestro amor como la flor da su esencia a los aires, entonces habrá Liberación y Felicidad.

La mente debe ser educada librándose de la idea de un yo separado. ¿Qué da a la mente tranquilidad absoluta, equilibrio, certeza y la seguridad de que no puede ser perturbada por ninguna necesidad pasajera? Mientras que el mundo del yo esté en la mente, no habrá tranquilidad. Siempre estará ésta, deseando, acaparando. Así és que debéis libraros de ello; pero no es este un proceso de negación sino de desarrollo.

Examinad críticamente lo que se os ha puesto delante. Purificaos, perfeccionaos cada vez más desarrollando vuestra individualidad única. Eso significa que trabajéis siempre para libertaros de lo impropio, de la ignorancia, para tener una mente libre del prejuicio, de la superstición. Habiendo establecido vosotros mismos la meta, podéis ayudar a otros a crecer como la palmera, altos, rectos y fuertes, proyectando solamente una sombra.

El interlocutor preguntó entonces: «¿Cómo despertar este impulso para elevarse siguiendo las líneas verdaderas?»

—Una vez más os digo que por la educación. Actualmente el impulso es el de poseer ropas elegantes, mobiliario, cosas engañosas. Esto es lo natural. El salvaje mira un gran botón y lo codicia. Luego mira a un hombre con un gabán y quiere el gabán para su botón. El paso siguiente es desear un arca donde guardar su gabán; y así continúa en un proceso sumamente lento. Si queréis ayudarle para que progrese rápidamente sobre líneas verdaderas, ayudadle a establecer una meta de verdad.

—¿Considera usted que el África del Sur llegará a ser definitivamente un país para gente de color obscuro, una especie de campo educativo para las razas Bantu? Y ¿es la obligación del blanco ayudarles y guardar la tierra como un depósito para ellos?

—No se trata de la tierra del hombre obscuro o de la tierra del hombre blanco. La tierra pertenece a todos. Esto es cuestión de egoísmo. La felicidad no está en las posesiones, sino en la armonía entre la vida externa y la interna vida del espíritu. La meta y fin para todos, sin tener en cuenta el temperamento, nacionalidad, ni cosa alguna, es la Liberación y la Felicidad, y en el desarrollo del lado creador de la mente está la comprensión de la meta. Aquellos que quieran comprender deben, por supuesto, estudiar todos los lados de la vida, y no solamente uno. Al ayudar a los demás a obtener la Liberación y la Felicidad debemos atender a todas las formas de la vida, religiosas, políticas, científicas y artísticas. Todo ser humano, ya sea de un lejano país o del nuestro propio, desea obtener esta Liberación y esta Felicidad, y cualquiera de estas formas puede ser su camino de obtención. Los que quieran ayudar de manera perdurable y real, deben buscar la línea para mejor verter sus energías creadoras.

—¿Cuál sería su propia contribución particular a la cultura del mundo? ¿Cómo podría la vida expresarse mejor, a través de ellos?

—Eso depende de lo que ellos quieran; si lo que ellos quieren es solamente botones de metal brillantes y gabanes finos, crearán hermosos gabanes; pero si desean algo mejor, pondrán los medios para obtenerlo. En las manos de las personas educadas está el ayudarlos a descubrir su meta.

—Se ha dicho que los niños del nuevo tipo, los niños intuitivos, esos que los norteamericanos dicen que están naciendo en los Estados Unidos, particularmente en California, están naciendo entre el elemento europeo en este país. ¿Cree usted que esto alterará su destino de manera apreciable en su nueva manera de mirar la vida?

—Por supuesto, las nuevas ideas alteran a las personas.

—¿Pero serán en número suficiente para afectar el pensamiento en todo el país?

—Este asunto no es cuestión de número, sino de sinceridad de pensamiento y de deseo. Los números no importan, la idea es lo que cuenta. Tal vez hayan de luchar y sufrir hasta ver que sus ideas se aceptan, pero las ideas tienden a cambiar

los pueblos. Podéis matar los individuos, pero nunca las ideas.

—¿Pudiera usted darnos una noción de cómo debieran vivir los sud-africanos para dar a tales niños el mejor medio ambiente posible para su desarrollo?

—Las maneras del hombre culto (y con esto no quiero simplemente manifestar el individuo que lleva hermosos pantalones con la raya bien planchada, sino el que tenga una mente cultivada y un corazón generoso), éstas son las maneras para llegar a la percepción clara de la Verdad en la vida y el sentimiento diarios.

Un hombre civilizado, ante todo, nada debe pedir para sí mismo. No está limitado por ningún temor de autoridad externa, ni por el temor de un dios desconocido, por las supersticiones, las tradiciones, porque en el momento en que descansa sobre otro, se empaña su percepción de la Verdad. Un hombre civilizado, un hombre culto, debe ser tolerante, capaz de discutir sobre cualquier asunto de manera imparcial, sin prejuicio, no ha de ser hipócrita y ha de estar capacitado para hacer un examen crítico de cualquier cosa antes de aceptarla o rechazarla. Ese hombre es sencillo, ese hombre es puro. Un hombre verdaderamente culto es el que ha vencido el temor, que no está atado por el deseo o la experiencia, que es sencillo con la sencillez verdadera, que no es grosería, sino la cultura más noble; tal es el hombre de corazón comprensivo y mente tranquila.

—¿Cómo cree usted que la juventud de Sud-Africa puede ponerse en más estrecho contacto con la juventud del resto del mundo y unificarse con ella?

—La única manera de acercar a las gentes es la de tener un propósito común en la vida y no sólo asistiendo a los congresos o perteneciendo a organizaciones. Si participáis de los ideales de otro sois uno con él.

—¿Quisiera usted decirnos cuál es o cuál debiera ser la nota clave de todo el país y a cuya tónica debiera vibrar?

—Los hombres abandonan su patria con un sentimiento de aventura. Esta aventura puede ser, ya cruel o amistosa, de acuerdo con su corazón. Podéis hacer de ella una cosa bella si tenéis afecto amistoso. El sentido de la aventura es un nuevo sentido de cultura.

— Como ha dicho usted que su mensaje es para todo el mundo, ¿podríamos esperar algún día poder darle la bienvenida al Africa del Sur?

—Mucho me agradaría ir, mas no sé cuándo pudiera ser.

—Usted ha dicho que el problema del mundo es el problema del individuo. ¿Cómo puede esto aplicarse a un país como Africa del Sur?

—Los problemas de ese país son los mismos que los del resto del mundo. La meta es igual para todas las naciones. Estáis tratando de unificar las formas y decís que el Africa meridional es diferente de la India, que la India se diferencia de Inglaterra o de Europa. Estáis mirando por el revés del telescopio, por el lado de la forma, y decís que, para llegar a comprender la vida que es unidad, habréis primero de comprender la forma. Nunca lograréis poseer la unidad de tal manera. Pintáis el exterior de la caja, pero, dentro de ella guardáis confusión y desorden. Podéis ponerle a la caja la etiqueta que os plazca: Africa meridional, India, China; a mí no me preocupa la marca externa sino la vida interior, el poner en orden el contenido, sacar el orden y la armonía del caos. La civilización, tal como el mundo la tiene, es tan sólo el poner una vistosa decoración a los hierros de una jaula. Debéis destrozar la caja, abatir los barrotes que matan. No tenéis el deseo, el ardiente anhelo de libertaros, y sólo con él podréis obtener la felicidad.

—¿Cómo definiría usted la libertad, señor?

—La libertad interna y la externa libertad no pueden separarse. Más grande que nación alguna es la vida; solamente cuando un país ha comprendido y se ha ajustado a las profundas leyes de la vida, es cuando es o puede llegar a ser libre en verdad. Desde este punto de vista no hay un solo país libre hoy en día. En todas partes se encuentran tan sólo grados de libertad. Pero en todos los casos, en donde existe la libertad política se encontrará siempre, co-existiendo con ella, cierta libertad en las restricciones irreales que impiden y confinan el libre, espontáneo y creador fluir de la vida. El verdadero enemigo de la Libertad es la muerta tradición, el vivir de segunda mano; la esclavización de la vida de hoy a las fórmulas gastadas del pasado. La ley de la vida no puede ser estafada. La raza o el país que no ha libertado su Vida interna no puede esperar lograr la libertad en el sentido verdadero de la palabra. Y aun cuando logre lo que parezca una forma externa de libertad, cuando se prueban sus frutos se encuentra que, a pesar de su belleza externa, son

tan sólo de polvo y ceniza. Las crueldades y egoísmos cristalizados, ¿qué son sino los medios con los cuales el peso muerto de la costumbre ha expulsado de nosotros, por su enorme presión, los sentimientos de ordinaria decencia que debieran endulzar y armonizar la vida de los seres humanos?

—¿Cree usted que las naciones unificadas entre sí por lazos de amistad como en la Confederación británica pueden ser más poderosas para el bien que como unidades separadas? ¿Sería posible llegar a una federación mundial de naciones?

—Ello llegará—fué la respuesta llena de seguridad—. Está a punto de llegar, pero no federación de naciones, porque esto implica la idea de banderas y fronteras, sino federación de los pueblos.

—Mucho se habla de la paz, pero hay de ella pocas pruebas. ¿A qué atribuye usted esto?

—Volvemos a lo que dije antes. El problema del mundo es el problema del individuo. Si el individuo está en paz, tiene felicidad, gran tolerancia y un intenso deseo de ayudar, entonces el problema del mundo como tal, dejará de existir. Deseáis establecer la paz y la tranquilidad en las mentes de otros antes de establecerlas en la vuestra, y así queréis establecerlas en vuestras naciones y estados. La paz y la comprensión vendrán solamente cuando haya comprensión, certeza y fuerza en vosotros mismos. ¿Qué otra cosa es el estado, que vosotros mismos, sus unidades? Cuando haya paz en el individuo habrá paz en el estado y en el mundo. ¿Quién decide ahora esta cuestión? Los hombres de guerra. ¿Cómo pueden decidirla? El negocio del Ministro de la Guerra es crearla. Pueden darle el nombre que les plazca, ya sea defensa u otro cualquiera. Dirán: «Yo os defiendo, defiendo vuestras fronteras contra los demás, contra otros países», el resultado es el mismo. Mientras tengáis fronteras, mientras exista *mi* bandera contra la *tuya*, habrá guerra, porque ¿qué nación va a decir: «yo no tengo fronteras» o «yo no tengo bandera»?

—Entonces la paz es imposible en el estado actual de la humanidad?

—Nunca debió usted haber hecho semejante pregunta—contestó prontamente. Nada es imposible si se desea con la fuerza suficiente, si realmente se *quiere*.

—Hay tanta fealdad en la vida y condiciones modernas; ¿cuál, en su opinión, es la mejor forma de combatir esto?

—La fealdad viene de los corazones y mentes que son feos; modificadlos primeramente.

—Querría usted darnos sus puntos de vista sobre la continua inquietud industrial del mundo? ¿Cómo puede establecerse la armonía entre los trabajadores y los patronos?

—Lo que antes he dicho se aplica también a esta cuestión. Esto es un asunto de egoísmo. Si consideráis un hombre simplemente como una máquina, se despierta la inquietud; y habrá también inquietud si entre los hombres hay diferentes objetivos.

Terminó la entrevista y abandoné aquella habitación con la sensación de que allí quedaba uno que se ha dado cuenta de la vida en su conjunto con ojos llenos de sabiduría y claridad; uno que sin pretender nada hablaba como «uno que tuviese autoridad».

¿Es el amor de las criaturas humanas?

¡Cuánta belleza, ternura, grandeza y éxtasis sublimes hay en la sonrisa delicada de un alma que acaricia a otra alma, a través de un amor hecho transcendente por el dolor de la felicidad de esa «inmersión de las almas» de esa «cristalización» de que nos habla Schuré!

¡Cuánto cariño hay en la generosidad de la fusión de dos anhelos vividos en lo más recóndito del ser, en la transfusión de sueños inaccesibles a la mayoría de los mortales!

Son dos notas que se conciertan para un paso a través de la idealidad.

¡Qué subida ciclópea hasta el amor puro de los elegidos, de los predestinados, escalando todos los grados imaginables del dolor de amar, hasta transcender las groseras limitaciones del amor de la carne!

¡Cuántos matices delicados, sutileza, dolor inenarrable, angustia anónima, caminar soñando, soledad agridulce y silencio entrecortado de sollozos a través de la ascensión sin fin de todos los amores hasta aquella guirnalda de que habla Mabel Collins!

¡Amar! ¡Sólo para amar fué hecha la Vida! Y nadie, absolutamente nadie crece, si no es por medio del amor.

Un momento de éxtasis, un instante de felicidad fugitiva ensancha los horizontes del alma y nos arrebata en la exaltación de una ascensión casi milagrosa.

Y cuando nos sentimos bien al lado de una persona amada es que nos buscamos a nosotros mismos en el misterio del amor.

Andamos detrás de nuestras fuerzas cripto-psíquicas para el despertar augusto de latentes energías, en pos de una concepción más alta de la fraternidad de todos los seres, en busca del sentido cósmico de la unidad y del amor. Y por esto es por lo que el arte verdadero es renovador, es precursor, es wagneriano, es el análisis del misterio sagrado de la belleza—siempre abierta y siempre irrevelada—inmarcesible a través del revuelto escenario de la Naturaleza, del paisaje durmiente de un lago, de la línea sinuosa de un cuerpo modelo, de las curvas delicadas de un sentimiento noble o de los sueños imponderables de los visionarios de las alturas.

El arte quiere adivinar, quiere ahondar en el fondo de las causas y de los seres, y busca en la multiplicidad de las formas y en la complejidad del colorido aquel misterioso esplendor que hace entrever en cada gesto armonioso, en cada línea, el palpitar infinito de una nota de bondad perdida en el «secreto abierto»...

Y en el amor entre dos seres no vulgares esa «inmersión» tiene algo de divino; es la absorción del uno en el otro, pero nunca el sacrificio del uno al otro.

De ahí el pacto de las almas privilegiadas: «fidelidad del alma en una libertad entera y en una igualdad absoluta» (Schuré y Margarita Albana).

Sólo así se realiza la belleza dentro de cada alma.

Sólo después de este pacto sagrado, de esa «inmersión de las almas», nos desdoblamos para confortar otras almas, todos en busca de una esperanza siempre vasta, cada vez más vasta. Y como sea que «el más bello efecto de una obra maestra es provocar otra», la magia de esos grandes modelos se infiltra en nosotros, cantando la fe en nuevos días más felices para los felices mortales de edades muy remotas.

Y la antorcha sagrada va de mano en mano en la doble armonía de un sueño prometedor, grande como el Infinito, diáfano como el azul de los cielos. Todas las fuerzas internas se renuevan a este doble contacto, y «aquí empieza una vida nueva», y todo evoca el paraíso perdido de las áureas leyendas...

Todo es renovación, afirmación de una actividad desconocida e imprevista que lleva a la realización de sueños «nunca antaño imaginados».

Ambos tienen fe.

La fe es el alimento, es el oxígeno, la energía

vital del soñador, y también «la antítesis del fanatismo».

El idealista cree en el advenimiento de un Ideal avanzado; el fanático se anula en la ceguera de un dogma.

Y solamente el grande amor personificado en un individuo modelo o en un Ideal muy elevado trae la fe que purifica y exalta en la contemplación de un espejo fascinante y sugestivo, abriendo las puertas de nuestra alma «al secreto abierto» de las verdades transcendentales.

Solamente las grandes pasiones de los individuos de *élite*, sólo los grandes apasionados: Dante, Wagner, Beethoven, Chopin, Víctor Hugo, Schuré, Maeterlink, supieron hablar al alma humana en un lenguaje purificado, espiritualizado por el cántico del amor penetrante, intuitivo, estilete de armiño que va hasta las criptas más íntimas del ser, evocando en nosotros a todos los dioses internos para el festín de la luz, de la belleza y del dolor.

Del contacto espiritual de dos grandes almas en plena igualdad de condiciones brota la chispa que inspira las obras de los genios.

Es el despertar a la religión interna, a la verdadera religión; el culto de la propia individualidad que pasea solitaria por los parques deslumbradores de nuestros sueños, el culto de esa fuerza que reside en nosotros mismos, de esa energía intraducible en que hay un renacer de todas las esperanzas después de cada instante de amargura y decepción, y de la cual nos surge un nuevo anhelo revigorizador, dulce visión consoladora después de cada amanecer.

Es de esa «inmersión» divina de donde naciera la frase de Margarita Albana, resumiendo todo un ideal de renacimiento: *«No dejemos que se extinga nuestra antorcha. Si cayéramos agotados, otros la tomarán de nuestra mano. Los grandes pensamientos y los bellos sueños no mueren nunca. Son las sementeras de las alegrías futuras»*.

De esa «cristalización» de las almas es de donde naciera la emoción desbordante de Wagner: «En ese día, en esa hora nací de nuevo. Nunca viví hasta aquel instante maravilloso... tu amor era mi bien supremo y sin él mi existencia fuera una contradicción».

Y de esta felicidad embriagadora, de este vértigo wagneriano, de esta proyección de luz sobre dos almas privilegiadas, nació *Tristán* e *Isolda*, la pieza más emotiva, más apasionada de Wagner.

Es el genio fecundado por el misterio del Eterno Femenino. Y como «todo lo que es grande, en este mundo, debe ser desgraciado», «Tristán tornóse en Sigfrido»... bebió el filtro y... olvidó.

Mme. Wesendonk, en la vida, fué más grande que Wagner. Y quién había de decirlo sino él mismo cuando proclamó: «Grande es la fuerza de aquel que desea, mayor es la de quien renuncia».

Por más que se haya vivido el puro amor de los selectos, ¿quién será capaz de bosquejar ligeramente la maravillosa ley del amor, el alfa y el omega de la fuerza universal?

Sólo en el silencio, sólo en el profundo misterio del silencio puede el amor ser descifrado.

Sólo quien llega a amar de esta forma, conoce la «perpetua alegría de vivir», de renovarse, de renacer muchas veces en cada instante.

Sólo quien sabe amar en el silencio, siente cómo canta en el corazón humano la belleza universal.

* * *

Sólo para amar fué hecha la vida. Cristo, el supremo individualista de una moral toda ternura, perdonó a la pecadora, no porque ella se arrepintiese, sino, porque amara mucho...

* * *

Vivir es proyectar en la tela de sí mismo la fantasmagoría de un mundo de sueños y de ritmos y substituirlos y transformarlos en cada instante, para iniciar nuevas proyecciones luego de amortajar cada ilusión deshecha.

El dolor existe para avivar nuestra conciencia e indicarnos las sendas de una verdad inédita. Debiéramos bendecir las amarguras como el marinero mira el faro luminoso de su única esperanza.

El dolor y el placer, los dos polos opuestos, se confunden en la misma emoción, ambos elevando, ambos dignificando, ambos contribuyendo al despertar interior.

El dolor nos enseña el medio de libertarnos de las limitaciones, de las propias contingencias de la vida. A través del dolor es como aprendemos a ser libres. Hasta en las bajezas más innominables vigila el dolor y ellas representan grados hacia la perfectibilidad y hacia el individualismo.

El dolor abre las puertas de nuestra alma a los dulces sueños del amor y a las contemplaciones de la belleza en todas las manifestaciones del arte creador. Todo tiende hacia la individualidad. Sólo el individuo llega a percibirse a sí mismo;

sólo él puede interpretarse en la soledad infinita del cosmos.

Por esto es por lo que los hombres y las mujeres deben de reintegrarse en su resurrección... La mujer, cercenada en todos sus derechos, acobardóse, hízose la esclava del hombre y de los sentidos, instrumento de lujuria o de trabajo obligatorio, en la invalidez de la razón amordazada. No obstante, allá en el fondo de lo que la ciencia oficial llama «inconsciente», hizo acopio de todas sus más bellas energías sensibles, desdoblóse en perspicacia y procuró vivir en el mundo de la imaginación, llena de sutilezas sentimentales, se sumergió dentro sí misma y desdoblóse en dedicaciones inconscientes, preparando un despertar de facultades inéditas que se levantarán de un tormento milenario para la ascensión prodigiosa a través del sufrimiento y del amor.

Una mayor consciencia resurgió al contacto del dolor, el hada mística del amor, y la mujer de todos los ciclos, la druida rediviva, sintió su misión de Inspiradora de más altos destinos sociales.

Visionaria también, penetró en ese «secreto abierto», ahondó en el anhelo, en las inquietudes atormentadoras de los anunciadores de los nuevos ideales y va a transfigurarse en un nuevo ser, circundado de luz, para mostrar al artista precursor el camino sagrado del arte renovador, del «arte feliz» para una humanidad olímpica.

Ese tipo de mujer, vase ya delineando en la inspiradora de los poetas videntes, y nuevos sacerdotes de la religión de la belleza y del amor —la única religión digna de nuestros dioses interiores que ofrendan en el templo del universo y en el altar de los corazones—; nuevos cantores del arte, en la fantasmagoría de los sueños y de los éxtasis, surgirán para revelarnos el evangelio nuevo de esa religión del amor y de la belleza y para cantar la exaltación de estos dioses soñando en las alboradas suaves de nuestras alamedas interiores.

M. LACERDA DE MOURA

INSTINTO E INTUICIÓN

Graça Aranha, filósofo brasileño, afirma que la aspiración hacia la Unidad es inconsciente, y son inconscientes también para él, los «estados especiales» del éxtasis místico y de la exaltación artística. «La alegría absoluta, según él, es la que nace de nuestra integración en el cosmos y realiza la unidad infinita del Ser; es la alegría que sólo puede ser dada a los estados especiales de inconciencia transcendental, que alcanzamos por la mística de la religión, por la suprema filosofía, por lo vago del arte y por lo sublime del amor.»

Puro juego de palabras sin significado alguno. ¿En qué consiste esa «inconciencia transcendental» y sus «estados especiales?»

Si es posible encontrar en el arte y en la filosofía esa alegría serena experimentada por los místicos en la religión y por los enamorados en el amor, es en razón de existir en el fondo de la humana naturaleza otra naturaleza que fulgura a través de la materia cuando su vibración es elevada a un potencial más alto por medio del pensamiento o de la emoción. No es a la alegría inconsciente a lo que se llega por el despertar de las energías internas, sino al retiro de nuestro verdadero Yo, a la esfera del espíritu, amplia y animada por la vibración armoniosa de nuestros pensamientos más puros y de nuestros sentimientos más bellos.

Así como Leibnitz imaginara para el átomo una existencia puntual en el mundo del espacio y una infinita profundidad interna en el mundo metafísico; en relación con el hombre, nosotros podemos imaginarnos su cuerpo con una vida y una conciencia limitadas; pero extenderemos hasta lo infinito esa vida y esa conciencia, en el sentido de su extensión interna, en un espacio de cuatro o más dimensiones.

El Yo es semejante a una línea perpendicular sin principio ni fin; la materia, línea horizontal, córtase con el Yo, separándolo en subconciencia y en super-conciencia, esto es, en instinto e intuición.

La inteligencia es ese punto matemático formado por las dos líneas que se cortan.

El instinto y la intuición constituyen el dualismo terrible y al mismo tiempo sublime de la vida humana, en que la inteligencia, pequeña y débil, se debate vacilando entre la animalidad, heredada de los reinos inferiores, y las aspiraciones

gigantescas que la atraen hacia la gloria sin límites de una evolución divina.

El instinto es la remembranza de lo que fuímos, mientras que la intuición es la promesa de lo que seremos.

Cuando la inteligencia, engañada por el brillo perturbador de los objetos de sensación, es arrastrada por el deseo, el mundo divino de la intuición no puede iluminarla y conducirla, y el instinto, reminiscencia de un estado inferior, en lugar de ser elevado y esclarecido, es entenebrecido y adulterado. Caliban, oculto en cada célula de nuestro cuerpo, escondido en la vibración de cada deseo, transfórmase en nuestro tentador, cuando la inteligencia se separa de su genio luminoso y cuando se sustrae a la suave presencia de Ariel.

Entretanto, Dios y Satán están en nosotros, según el axioma cabalístico, «Demon est Deus Inversus». El instinto, resumen y recordación de las experiencias de vidas anteriores, es nuestro tentador cuando lo apartamos, por la mente, del Cristo místico que mora en nosotros; pero, si la mente vuelve al punto que la une a la intuición, desaparecerá la lucha trágica de la inteligencia entre el bien y el mal, y el instinto se unirá a la intuición y se convertirá en su siervo fiel y solícito. El ángel caído subirá de los abismos tenebrosos de la materia y volverá al cielo a través de la conciencia humana.

Sugiérenos profundos pensamientos el autor de «L'Evolution Créatrice» cuando, después de haber dicho que la inteligencia puede darnos una filosofía mecánica del Universo, sin conseguir comprender la vida, define al instinto como lo que opera de dentro hacia fuera, pues que en el animal, obra a través de un órgano que evoluciona por la actividad de la propia vida.

Podríamos también definir al instinto como una actividad interior en la cual la inteligencia no toma parte, pero en la que ya la tomó en el pasado. La reiteración de la misma actividad genera el automatismo, pero esto no prueba que la conciencia, en una forma u otra, no participe de todas las actividades internas. Puede parecernos nuestra inteligencia separada del instinto y de la intuición, mientras es posible que esa misma inteligencia sea apenas una expresión limitada de nuestro Yo y que éste sea consciente en esas esferas misteriosas de la vida interna donde radican el instinto y la intuición. Puede muy bien ser que la intuición sea la presión que ejerce el Yo en nuestro pobre cerebro de tres dimensiones y que el instinto sea la sabiduría práctica, acumulada por el Yo a través de mil experiencias en su ascensión dolorosa por los reinos inferiores.

Si nos fuera posible comprender el instinto, sugiere Bergson, penetraríamos en el mismo misterio de la vida y de la conciencia.

Sería menester no eliminar la inteligencia, sino transponerla y servirnos de ella como de un espejo apenas para reflejar las íntimas intuiciones. Para esto preciso sería que barriéramos todo prejuicio, toda idea dogmatizante y no aceptáramos autoridad alguna fuera de nuestro Yo. Mas permanecer solo en el mundo del pensamiento, conseguir libertarse de todas las teorías, de todas las creencias y de toda la inútil ciencia de los hombres, es tan difícil como convertirse en un dios.

Todavía, después de atormentarnos en la búsqueda de la verdad a través de la filosofía, de la religión y de la ciencia, después de hojear las obras de los genios e interrogar a todas las esfinges, notamos que la humana sabiduría sólo nos dió desengaños y dudas, y que tan sólo dentro de nosotros existe la posibilidad de encontrar el sosiego y la explicación del torturante problema del Ser.

Angelo Guido.

¡DADNOS HOMBRES!

A vosotros, muchachos y muchachas que no sois ya niños, pero que tampoco sois hombres ni mujeres; a vosotros que os halláis ahora en el umbral de la vida, yo, como uno de vosotros, os dirijo estas líneas.

Leí días atrás en una revista estas breves palabras:

Dadnos hombres
que salgan de todos los rangos
que sean joviales, libres y francos.
Dadnos hombres
que sientan el deber y amen la cultura,
que sepan pensar y obrar con bravura.

No conozco ni al autor ni al resto de estas líneas; pero, ¿acaso no son suficientes?

«¡Dadnos hombres!» ¡Compañeros míos, vosotros, los que formáis el ejército de la juventud pujante! ¡Esto es para vosotros! ¡A vosotros que sois jóvenes, que guardáis el fuego de la vida todavía incontaminado por las pasiones y los desengaños; a vosotros, hombres y mujeres del mañana, el mundo os lanza este grito! «¡Dadnos hombres!»

¡Dadnos hombres de todos los rangos, de todas las clases, directores y seguidores, científicos y poetas; artistas y artesanos; dadnos hombres! Hombres y mujeres de alma, de corazón y cuerpo puros, de fuerte voluntad y mente clara; hombres en cuyo corazón el amor sea lo bastante fuerte para purgarse en su radiante y purificadora llama de toda inmundicia y mezquindad; hombres que estén prontos al sacrificio del placer y de la comodidad, y a dedicarse con toda el alma y con todo el fuego sagrado de su corazón a nuestra causa. A nosotros que luchamos, que aspiramos a encontrar hombres de buena voluntad, sabiduría y temple, que nos guíen en nuestra búsqueda ciega tras lo estable y real; que sean lo suficientemente generosos para dedicarse devotamente dando todo lo que tienen y lo mejor que son; ¡dadnos, oh, estos hombres! Dadnos hombres de rectitud y de cultura, hombres que amen la justicia, que sean misericordiosos por ser capaces de comprender; que hayan abierto las puertas de su compasión a nuestros dolores y angustias; que se hayan preparado a sí mismos para el estudio y para la ardorosa comprensión de esta gran obra; que deseen, por nuestra causa, evitar toda obstrucción del canal que de arriba viene, que lo mantengan limpio y claro, de suerte que la Luz brille sobre ellos y proyecten la Luz que ha de guiarnos; hombres que en su amor no teman; hombres osados en su conocimiento; hombres de piedad y de paciencia; hombres que nos conduzcan en nuestras tinieblas y nos alivien en nuestras penas... ¡dadnos, oh, estos hombres!

«¡Tened piedad de nosotros, vosotros que pertenecéis a las más jóvenes generaciones! Desde la abundancia de vuestro gozo, desde vuestros óptimos espíritus, desde la felicidad rebosante y despreocupada de vuestra lozanía, ¡ayudadnos, socorrednos! Vosotros que estáis a tiempo de hacerlo, porque aun tenéis la vida por delante; vosotros, los que sois fuertes y audaces, los que poseéis frescas mentes y corazones puros, ¡escuchadnos! ¡Vosotros que atraéis nuestras miradas porque en vosotros está la nueva savia pletórica de vida, con nuevos vigores y nuevas energías, dadnos hombres y mujeres que estén prontos al servicio, para que nuestro lamento sea escuchado y nuestra defensa no fuere descuidada.»

Camaradas: ¿comprendéis, realmente, que *nosotros* somos los llamados a formar la humanidad de mañana? ¿Que *nosotros*, ahora tan ubérrimos, tan llenos del glorioso sabor de la juventud, tan cargados de esperanzas y de sueños, tan luminosos y tan irresponsables, tendremos mañana *nuestro* lugar en el mundo? *Nosotros* somos los padres y los maestros, los legisladores y los artistas, los pensadores y los trabajadores del futuro. Y sólo podremos dar de lo que somos, de aquello que constituye nuestro preciado tesoro. ¿Qué será, pues, camaradas míos, lo que legaremos al mundo cuando llegue nuestro turno?

¡Pensad en esto!

Nuestro turno se acerca, es inmediato. En pocos años, para algunos quizás antes, seremos todos hombres y mujeres. No todos escogeremos la misma carrera o profesión; no todos seguiremos la misma vocación; no todos profesaremos la misma religión; no todos perteneceremos a la misma raza, ni tampoco a la misma nación. ¿Comprendéis esto? Estaremos por todo el mundo, en cada país, en cada religión, en cada raza y en cada vocación. Estaremos por todos los rincones de este mundo que despierta en nosotros tantísimas esperanzas. Doquiera exista un pueblo, allí estaremos nosotros. ¿Hase visto jamás una ocupación tan completa y acabada por *ejército* alguno? ¿Cuándo se vió que ni el lugar más apartado pudiera escapar a la penetración de sus fuerzas? ¿Cuándo se vieron todas las tierras, países, ciudades, bosques y comarcas en manos de sus soldados? *Nosotros* formamos este ejército, ejército poderoso de la paz que ocupará el mundo irresistiblemente, sin vacilar e inevitablemente. A nuestras manos será confiado el gobierno de los pueblos y la enseñanza de los jóvenes; los cánones del arte, los hallazgos de la ciencia, los negocios, el comercio y las industrias; los ideales, las esperanzas, los anhelos, las obras, en fin, de cuantos nos precedieran; la herencia de la humanidad, el legado del mundo.

¿Será posible que permanezcamos despreocupados, apasionados buscadores de placer, descuidando toda noble ambición, negándonos a las exhortaciones de nuestro espíritu, indiferentes a todo, y sólo solícitos a la voz melosa de nuestra comodidad y de nuestros placeres? ¿Nos encerraremos,

acaso, en la torre de nuestros prejuicios y limitaciones, desconociendo al resto del mundo, olvidando a quienes saben menos que nosotros y sufren más, a aquellos que carecen de cuanto a nosotros nos sobra? ¡Hermanos queridos! Pensad en los millares de seres que mueren cada año de inanición y frío; pensad en las orfandades donde tiernas criaturas no pueden llamar «¡Madre!» a mujer alguna y se arrastran en su tristeza y en su infancia carente de amor; pensad en los sin hogar, en los abandonados, en los desvalidos enfermos que no tienen amigos, en los que agonizan de miseria, en los proscritos; pensad en los niños que, faltos de una mano guiadora y de un corazón que les comprenda y ame, caen muy antes de acabar su crecimiento; pensad en estos seres y tantos otros, y ved si *podéis* decir: «No tengo nada que ver con vosotros».

¡Compañeros! ¿No véis cuál es nuestra misión? Comprender, proteger, reconstruir, no sobre lo que pertenece ya al pasado, mas sobre un orden de cosas enteramente nuevo, en el cual, la Fraternidad reine entre los hombres y donde los hombres estén regidos, no por sus conveniencias, gustos y placeres—erróneamente comprendidos—, sino por el conocimiento logrado, al fin, tras de incontables centurias y millares de años, de que solamente lo que es bueno para uno, es bueno para todos. ¿No es ésta, acaso, una empresa demasiado gloriosa para ser menospreciada? ¿No es merecedora, acaso, de que a ella sea dedicado lo mejor que poseemos y lo mejor que somos o seamos?

Sin embargo, no es ésta la obra de una sola generación. Nosotros solos no podemos llevarla a cabo, ni aun con el auxilio poderoso de arriba. No puede ser, ni es, ésta, una labor exclusivamente nuestra. No es nuestro únicamente el deber de obrar, de servir con toda el alma, con nuestros corazones todos, con nuestro ser entero; no es nuestro solamente el privilegio de ensayar, de rehacer, de construir; es nuestro, también, el deber de dejar las cosas de suerte que puedan ser continuados nuestros trabajos por la infancia y la juventud del futuro.

Cuando, también a nuestra vez, partamos, podrán dejarse valiosos portadores de las antorchas que con nuestro entusiasmo aviváramos. Este es nuestro trabajo, compañeros de armas, éste será el cargo sagrado que dado nos será. Que la cadena poderosa no se rompa, que crezca, por el contrario, de eslabón en eslabón dorado, hasta su esplendoroso final.

No penséis que podamos realizar este objetivo sin la debida preparación. No penséis que las demandas especiales de los tiempos presentes puedan ser resueltas conforme a métodos anticuados. No creáis que la envenenada orgía y la danza loca puedan producir los guerreros y adalides que se precisan para este urgente alistamiento; no imaginéis que por la rutina vulgar y negligente se produzcan los soldados aguerridos que la humanidad reclama; no supongáis, tampoco, que por el estudio superficial y forzado de las leyes que gobiernan al mundo, se preparan las mentes y cultivan los corazones que, unidos, enseñarán mediante la palabra y el ejemplo las eternas verdades bajo formas siempre nuevas; no será, no, siguiendo el camino hollado por las masas, ni viviendo la vida rutinaria y de rebaño de los más que nos rodean, ni evitando todo mental esfuerzo, toda revelación desagradable, toda investigación de nuevas ideas y de nuevos ideales que no concuerden con nuestra preconcebida disposición y arreglo de las cosas; ni eludiendo el sacrificio de nuestros pequeños gustos y disgustos, los prejuicios que alimentamos aceptando o rehusando cualquier cosa por ser corriente hacerlo así; no será en esta forma como construiremos los caracteres y las voluntades que resistan serenamente los embates de viento y marea y prosigan firmemente por el sendero escogido hasta su mismo final. ¡Entonces, camaradas, menester es que nos preparemos!

Estudiemos y aprendamos; formemos nuestros caracteres, reconozcamos a la divinidad que yace en el fondo de cada ser; cultivemos el amor que fortalece, el amor que purifica, el amor que con su impulso omniabarcante y todopoderoso nos ponga en condiciones de responder solícitamente a la llamada cada vez más angustiosa que el mundo lanza: «¡Dadnos hombres!»

María G. Duany
(De 17 años de edad.)

B I B L I O G R A F I A

«*LA VIDA LIBERTADA*»

«Definir es matar». Esta frase de Krishnají será el lema que tendré ante mis ojos, al tratar de llevar al ánimo del lector una impresión anticipada de las muchas que podrá proporcionarle, indudablemente, la lectura del libro que con el título que encabeza estas líneas está pronto a aparecer en español. Nada más difícil para mí, por no decir imposible, que lograr expresar en una serie de imágenes forzosamente limitadas y contrahechas, el haz de luz indefinible, el torrente de vida amorosa que afluye y vaga de palabra en palabra a través del libro entero; y nada más difícil, también, para el lector de estas líneas, que la posibilidad de llegar a conocer por las figuras coloridas que aquella vida luminosa hace redivivas en los opacos ventanales de mi mente y alma, la esencia misma y verdadera de la luz y de la vida que en el lenguaje de Krishnají toman forma impalpable e indefinida.

Si algo hay que denote a los hombres el carácter transcendente del Mensaje que Krishnají lleva al mundo, es esa mágica virtud que poseen sus pensamientos, al ser expresados en semblanzas, para mantener despierta en nuestra conciencia, cuando no despertarla, la visión y el sentimiento de una vida infinita, una y multiforme; de una vida que en su perenne manar de sí misma, teje y desteje sin cesar el espectáculo maravilloso que llena de luceros y fulgores la noche de nuestro espíritu. Si algo hay que denote al Instructor en sus palabras, es esa actitud inexorable que Krishnají adopta, cuando muestra a los hombres las argucias y sutilezas con que tratan de engañarse a sí mismos; los subterfugios y ardides con que intentan disfumar y hacer invisibles sus flaquezas y su real y patente ignorancia.

Mientras por un lado nos procura deleites y nos encanta y fascina, destilando en el alma hambrienta de infinito la miel de un amor inefable y eterno, por otro, va también evocando y poniendo ante nuestros ojos la imagen horrenda de nuestro absorbente yo personal, de ese yo que busca, en su egoísmo, dormirse y cristalizarse en las gratas ilusiones del momento.

En este su nuevo libro, acopio de parábolas breves y sencillas, demuestra Krishnají la improcedencia de entretener y absorber la mente y el corazón humanos con la digestión de inmensos volúmenes de inextricable metafísica y con el aparato de externa ceremonia. Con paso suave, pero firme, llega a alturas que tienen su base y su pico en todas partes, y donde la personalidad se esfuma; y llega también, por otra parte, a colocar el alma humana en condiciones de no desconocerse ya más a sí misma. Sus frases contundentes y claras hacen sonar el cascabel ridículo de la vanidad y de la vacuidad de cuantos esperan constantemente el parabién y el medro personal a la luz exclusiva de una imagen que están prontos a adorar y a divinizar.

Quienes siguen paso a paso la trayectoria ascendente del Mensaje que Krishnají difunde por el mundo, hallarán en la mencionada obra, «La Vida Libertada», verdades simples y eternas, lamentablemente olvidadas e ignoradas; verdades que al tomar la forma parabólica, hacen nacer en el alma un afán remozador inextinguible que, si otra cosa no, nos hace dar un paso más en nuestro largo sendero.

SECCIÓN DE LA EDITORA

Las grandes oportunidades son más gloriosas cuando se comparten. Hay una ley inexorable que dice: «Los hombres que se unen para el bien no suman sus fuerzas, las multiplican». Con la honda convicción de la certeza de este postulado me dirijo a todas las publicaciones que anhelen el advenimiento de la paz y la felicidad sobre la tierra a una acción mancomunada.

The Star *en todas sus ediciones en los veinte países donde se produce dedicará su número de mayo a trabajar exclusivamente por la paz. Ciertos artículos serán traducidos a todos los idiomas y publicados, dándose a conocer simultáneamente en todo el mundo. El Sr. Krishnamurti manifiesta su cordial aprobación y cooperación para este magno movimiento mundial. La idea ha sido lanzada por nuestra ilustre colaboradora y colega Lady Emily Lutyens y aceptada con júbilo por todos los Editores de* The Star.

No importa la denominación y tendencias de ninguna publicación, lo único interesante es unirnos todos en un momento dado para hacer un formidable empuje en estrecha cooperación para llenar el mundo y empapar las mentes de todos los hombres durante todo el mes de mayo con el formidable pensamiento de la paz. Nuestra acción puede llegar a ser de transcendencia tanta que la inmensa masa del pensamiento del mundo sea agitada y todos los seres encauzados hacia la formidable realización. De forma y manera que quien aliente en su interno ser ansias de guerra o de conquista se avergüence ante el más severo e ineludible de los jueces, ante su propia conciencia.

Hemos de lanzarnos a la realización de la paz como se han lanzado los hombres de todos los tiempos a sus magnas conquistas, quemando las naves, imposibilitándose a sí propios para retroceder, con ansias de desesperación como el que se ahoga anhela el aire que es su propia vida. La paz es la vida del mundo. En ella están representados los intereses colectivos e individuales de los humanos. No tenemos donde escoger: Vida o muerte. Si anhelamos ser, si queremos que las generaciones posteriores que han de llenarse de horror mirando en nuestro tiempo la sangre que entenebrece la historia, miren también el gesto magnífico de esta generación que habiéndose hundido en el rojo mar haga imposible que este espanto se repita, despertemos. Marchemos a la acción. Estamos aún a tiempo de encender la antorcha que la tempestad ha apagado.

Los que estamos tratando de encender estrellas de ideal en todos los países os invitamos a todos a esta soberbia oportunidad de hacer que el mes de mayo encienda tantos luminares en el mundo de las almas como rosas revienten en la tierra.

Todo el que pueda sostener una pluma en las manos, que trace con ella la divina palabra que es el mágico conjuro que abre las puertas de la felicidad que todos los mortales tan angustiosamente hemos buscado a través de los siglos pronunciando otras palabras sin virtud que nunca pudieron realizar el milagro.—G. G. DE J.

Agentes de LA ESTRELLA

ESPAÑA

ALCAZAR DE SAN JUAN.	D. Rosendo Navarro, Semanario «Crispín».
ALCOY.	D. Rafael Llorens, Librería Llorens.
ALICANTE . . .	D. Emilio Reig, Plaza de Isabel II (Librería).
ALMANSA . . .	D. Enrique Martínez Saus, Aniceto Coloma, 97.
ASTURIAS . . .	D. Rafael Velasco, Villahormes, Llanes.
BARCELONA . .	Doña Pepita Camprodón de Villard, Diputación, 168, 3.º, 2.ª.
BILBAO	D. Ricardo G. Gorriarán, Conde de Mirasol, 5 (Librería).
CADIZ	D. Jacinto Anaya Casto. Sagasta, 35.
CARCABUEY . .	D. Juan Arrebola, Primo de Rivera, 22.
CARCAGENTE . .	D. Leandro Getino, Estación Férrea.
CATALUÑA . . .	Agente general, D. Saturnino Torra, Castillejos, 253.
CORDOBA. . . .	D. Rogelio Luque, Diego León, 8 (Librería).
FRAILES (Jaén) . .	D. Antonio Castro, San Antonio, 9.
HUELVA	D. Gregorio Lozana, Bailén, 35, pral.
IBI (Alicante). . . .	D. Julián Piñango, Apartado de Correos «El Alcait».
IGUALADA . . .	D. Francisco Girbau Prats, Carmen Verdaguer, 6.
ISLAS BALEARES.	Medinas y Gelabert, kiosco de periódicos, Plaza del Olivar.—Palma de Mallorca.
JAÉN	Agente general para toda la provincia: D. Juan Zamora.—Torres de Albanchez.
JATIVA.	D. Samuel Sanchis, Plaza de Postas.
LA LINEA (Cádiz).	D. Juan Benavente, Méndez Núñez, 1.
MADRID.	Doña María Rebeca Olano, Leganitos, 48.
MALAGA	D. Ricardo García de la Torre, Plaza de la Arriola, 20.
MANRESA . . .	D. José Saumell, Santa Clara, 21, 4.º, 1.ª.
MATARO	D. Rafael Cisneros, San Rafael, 31 (Relojería).
MELILLA	Doña Carmen Sierra de Almeida, Prim, 10.
NERVA (Huelva). .	D. Luciano González, El Callao, 3.
SABADELL . . .	D. Juan Mas y Roca, Argüelles, 82.
TARRAGONA . .	D. Francisco Menasanch, Conde de Rius, 12.
TARRASA. . . .	Doña Carmen Bendranas, San Isidro, 79.
TOLEDO.	D. Fernando Molina, Sillería, 20.
VALENCIA . . .	D. Marcos Martínez, Clarachet, 11, pral.

Agente Viajero: Don Salvador Sendra

REPÚBLICA MEXICANA

CIUDAD DE MÉXICO: D. F. Don Manuel Martiarena, Calle de Ocampo, 3
CIUDAD DE MERIDA. YUCATAN: Sra. D.ª Emilia Sales de Escalante, Calle 64, número 576.

Se ruega atentamente a todos los señores Agentes se sirvan comunicar a esta Administración inmediatamente que reciban el envío de la Revista.

Se les suplica igualmente se sirvan hacer sus liquidaciones de venta de ejemplares y suscripciones mensualmente.

Se solicitan Agentes en las poblaciones de España no mencionadas en esta página. Escríbase pidiendo detalles a la Editora, Sierpes, 78, Sevilla.

Se encarece a los Agentes que envíen sus pagos directamente al Tesorero, Don Máximo Maestre, Cava Alta, 11, bajo, Madrid, y la especificación de ellos a la Editora.